

Crítica al modelo animal en psicopatología: el caso de las obsesiones-compulsiones



DIEGO ENRIQUE LONDOÑO PAREDES *

Universidad Nacional de Colombia / Universidad Manuela Beltrán, Bogotá, Colombia

Crítica al modelo animal en psicopatología: el caso de las obsesiones-compulsiones

El modelo animal para conocer las supuestas bases de aprendizaje o neurobiológicas del trastorno mental ha tomado relevancia en los últimos 50 años. Se compartiría con algunos animales, como los perros o las ratas, ciertas organizaciones neurológicas de base y conductas sensorimotoras. Estas fallarían y las conductas producidas se asemejarían en animales a las del humano cuando enferma, caso de las obsesiones-compulsiones. Sin embargo, surge una serie de problemas conceptuales de esas extrapolaciones, ya que la descripción en cuanto acciones con sentido que les atribuye el psicoanálisis a estos síntomas no corresponde a la conceptualización del modelo animal donde el contenido semántico desaparece. Este modelo presenta una cierta cantidad de inconvenientes que desdibujan la manera en que los pacientes referidos por Freud con neurosis obsesiva relataban su experiencia sintomática.

Palabras clave: modelo animal; neurosis obsesiva; acción; conducta; interpretación.



CÓMO CITAR: Londoño Paredes, Diego Enrique. "Crítica al modelo animal en psicopatología: el caso de las obsesiones-compulsiones". *Desde el Jardín de Freud* 23&24 (2025): 103-116, doi: 10.15446/djf.n23&24.124761.

* e-mail: delondonopa@unal.edu.co

© Obra plástica: Sara Herrera Fontán

A Critique of the Animal Model in Psychopathology: The Case of Obsessions and Compulsions

The animal model, used to study the presumed learning or neurobiological bases of mental disorders, has gained relevance over the past fifty years. It assumes that humans share with certain animals, such as dogs or rats, some basic neurological organizations and sensorimotor behaviors. When these fail, the resulting behaviors in animals would resemble those observed in humans when ill, as in the case of obsessions and compulsions. However, a series of conceptual problems arises from such extrapolations, since the psychoanalytic description of these symptoms as meaningful actions does not correspond to the framework of the animal model, where semantic content disappears. This model presents several difficulties that blur the way patients described by Freud with obsessive neurosis reported their symptomatic experience.

Keywords: animal model; obsessive neurosis; action; behavior; interpretation.

Critique du modèle animal en psychopathologie: le cas des obsessions-compulsions

Le modèle animal, utilisé pour étudier les supposées bases d'apprentissage ou neurobiologiques du trouble mental, a pris de l'importance au cours des cinquante dernières années. Il postule que l'être humain partage avec certains animaux, comme les chiens ou les rats, certaines organisations neurologiques fondamentales et des conduites sensori-motrices. Lorsque celles-ci échouent, les comportements produits chez l'animal ressembleraient à ceux de l'humain malade, comme dans le cas des obsessions-compulsions. Cependant, ces extrapolations soulèvent une série de problèmes conceptuels, puisque la description psychanalytique de ces symptômes comme actions porteuses de sens ne correspond pas à la conceptualisation du modèle animal, où le contenu sémantique disparaît. Ce modèle présente ainsi plusieurs inconvénients qui effacent la manière dont les patients décrits par Freud comme atteints de névrose obsessionnelle relataient leur expérience symptomatique.

Mots-clés: modèle animal; névrose obsessionnelle; action; conduite; interprétation.



La experimentación es el método científico más habitual y aceptado desde que el positivismo lógico (fusión entre el empirismo y la lógica formal) domina las esferas epistemológicas de las ciencias. Esta doctrina filosófica es habitualmente subtendida por la lógica hipotético-deductiva en la que una hipótesis se deriva de la teoría y después se prueba deductivamente a partir de datos empíricos recolectados; normalmente esto se realiza asentándose en experimentos de algún tipo en los que se eliminan o controlan, en la medida de lo posible, las condiciones que se entiende quedan por fuera del ámbito del experimento o que distorsionan las variables de ese experimento. Que los cambios observados sean debidos al experimento y no al azar, o a factores externos, por ejemplo.

El campo de la psiquiatría y la psicología no han estado exentos de esta tradición metodológica y epistemológica. Es el caso de la psiquiatría biológica y la conductual en donde se ha pretendido comprender la patogenia de los trastornos mentales apoyándose en dispositivos experimentales a partir de modelos de la enfermedad mental ofrecidos por animales. Como lo sugiere P.-H. Castel¹, el principio de esos modelos animales es bastante intuitivo. Compartimos con muchos animales un cierto grado de anatomía y neurofisiología; *i.e.*, la similitud de nuestro sistema nervioso con otras especies es algo patente para muchos biólogos y médicos. Lo anterior es de mucha utilidad, ya que muchos psiquiatras y psicólogos consideran que en los trastornos mentales ocurrirían ciertos fenómenos neurobiológicos y conductuales (kinestésicos, sensori-motores, etc.) que pueden ser medibles, pero también observables en calidad de conductas molares desplegadas, en este caso, las que produce el animal puesto en condiciones óptimas en laboratorio. Por ende, se puede en un dispositivo experimental reproducir en animales conductas motoras típicas del trastorno mental en humanos, de donde se puede *deducir* qué pasa en ellos cuando ocurren esas conductas (ya sea que impliquen a la neurofisiología o aprendizajes comportamentales según la teoría que las precede). Se consigue entonces concebir un aparataje explicativo con bases empíricas que rindan cuenta del malestar mental a partir de lo que se deduce de la observación de la conducta del animal puesto en condiciones similares a las del trastorno en humanos. Por consiguiente, para estos investigadores, la vida social, las manifestaciones altamente relacionales, simbólicas y lingüísticas del trastorno mental

1. Pierre-Henri Castel, *L'esprit malade. Cerveaux, folies, individus* (París: Éditions Ithaque, 2009).

son solo la superficie o el barniz de lo que en realidad depende de un “trasfondo animal”² inherente al ser humano.

Sin embargo, y siguiendo los preceptos del positivismo lógico, este modelo y las conductas observadas en el animal dentro del dispositivo experimental dejan un espacio muy grande a la *interpretación subjetiva* del experimentador, quien generalmente no es etólogo. Todo un anatema, pues eso es abrirles las puertas a sesgos subjetivos de todo tipo, a prejuicios morales y culturales, en pocas palabras a falsar los datos. En este caso, los vestigios del deseo en la interpretación del experimentador en cuanto a su experimento deben ser anulados o ignorados por completo. Empero, a pesar de los esfuerzos de rechazar lo que perturbe al dispositivo, es claro que el deseo y los efectos del lenguaje y del significante terminan por regresar de una forma certera cuando se le hace decir al animal lo que él hace. Esto, incluso, llegando a poner en entredicho las conclusiones de los experimentadores y la validez misma del modelo animal de los trastornos mentales. Los esfuerzos de estos experimentadores se han centrado en cuatro aspectos importantes, según Castel, para evitar las derivas de la significación y los “sesgos” subjetivos en la observación. Pero solo mencionaré dos de ellos que a mi juicio son los más pertinentes:

- 1) Instalar el dispositivo y sus resultados en el campo de lo prelingüístico y presimbólico en el humano, o en el de lo protolingüístico y protosimbólico en el animal. Lo que interesa es saber lo que ocurre antes de la formación del significado y el sentido verbal, o sea, todo lo que es presemántico e infraconsciente a toda actividad verbal posible. Por ello, se busca no tomar en cuenta las facultades superiores, prácticamente presentes en el humano y, posiblemente, en algún grado en simios superiores (bonobos, etc.) y algunos mamíferos acuáticos (delfines, etc.). “Sobre este umbral, entonces, en donde ni la semántica de alto nivel, ni las formas superiores de la interacción intervienen, la distancia es mínima con los trastornos cognitivos que se pueden inducir en el animal...”³. Trastornos cognitivos, e incluso motores o comportamentales, como se verá más adelante. Esto es, centrándose entonces en “endofenotipos”, o rasgos intermediarios entre el síndrome psiquiátrico, como tal, y anomalías más basales, pero a la vez más fáciles de aislar y cuantificar. Por ejemplo, entonces, es más fácil medir la ansiedad que focalizarse en el síndrome de fobia social; o más fácil observar y cuantificar un comportamiento de “abandono del rol natural de crianza” en una rata madre que estudiar la esquizofrenia en cuanto síndrome.
- 2) Esquivar por completo la presencia de la conciencia humana, y yo agregaría también del sujeto del inconsciente. La idea es centrarse en el nivel prerreflexivo

2. Ibíd., 45.

3. Ibíd., 51.

que debemos compartir con el resto de los animales, es decir, esos procesos mentales inferiores (memoria, atención, sensori-motricidad, conductas de base, etc.). En principio parecen menos contaminados por las posiciones subjetivas del sujeto humano, menos influenciados por los procesos psicológicos superiores (lenguaje, pensamiento, etc.). Sin embargo, este último punto es bastante cuestionable según los trabajos de L. Vygotski⁴, quien señalaba que los procesos de memoria y atención, de bajo nivel, no son “evolutivamente naturales” en la medida en que suponen el control (de otros y del propio individuo) del comportamiento a través del uso de elementos mediatisadores (el signo, la palabra, etc.). De allí que suponer que la atención y la memoria en el humano permanezcan “puras” y no contaminadas por el lenguaje y el entorno es una idea bastante cuestionable.

Pero todas estas tentativas del modelo animal, ya provenientes de la psicología conductual desde los experimentos de I. Pavlov, no están exentas de dudas y cuestionamientos. Especialmente, cuando el modelo pretende extrapolar la conducta artificial del animal en laboratorio al mundo de la psicopatología humana. Poniendo a un lado el llamado “dilema del mundo real o el laboratorio”⁵, donde se observan todas las limitantes e inconvenientes de buscar generalizar resultados de laboratorio a la situación en la vida por fuera del laboratorio, el trastorno mental —tal y como el psicoanálisis lo ha venido describiendo en más de un siglo— parece implicar características y cualidades que van más allá de lo que el animal podría ofrecer —en todo caso, en especies evolutivamente sin acceso al lenguaje ni a lo simbólico—. Ello teniendo en cuenta que la mayoría de los animales de laboratorio continúan siendo especies roedoras y caninas. Sin embargo, lo que se busca en esas especies dentro de esta lógica experimental no es ver cómo emerge lo animal —lo instintivo y aparentemente compartido con el resto del reino animal— de dentro de lo humano, sino al contrario: ¿cómo situar *lo humano* en el animal dentro del dispositivo? Entonces, lo que buscan estas experiencias con animales no es demostrar la “parte animal” escondida en el hombre, sino lo “humano” que podemos ver en el animal bajo experimento. Se trataría entonces de antropomorfizar al animal, y no de animalizar al hombre. Sin embargo, ese “animal humano”, o, más bien, humanizado, no es más que una ficción. No se trata de una suerte de atributo ontológico real profundo a la espera de ser descubierto o puesto al desnudo⁶, sino que se trata de una construcción conceptual *in abstracto* y metodológica.

Bajo estas premisas, el trastorno mental parece quedar desdibujado cuando se busca adaptarlo a roedores o canes en un dispositivo. Porque si algo ha de resaltarse es

4. Lev Vygotski, *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores* (Barcelona: Crítica, 2000).
5. Gijs A. Holleman, Ignace T. C. Hooge, Chantal Kemner, Roy S. Hessels, “The ‘real-world approach’ and its problems: A critique of the term ecological validity”, *Frontiers in Psychology* 11 (2020): 721. Disponible en: 10.3389/fpsyg.2020.00721.

6. Castel, *L'esprit malade. Cerveaux, folies, individus*, 50.

que el psicoanálisis ha sabido trazar un boceto rico en contenido de las propiedades formales y sustanciales de lo que llamamos actualmente trastorno mental. Freud pudo determinar que las neurosis (junto con sus avatares dentro de la psicopatología contemporánea) son altamente relationales, dependientes del Otro y del encuentro con la sexualidad mediatisado por este Otro, del conjunto de significantes que favorecieron o no la inscripción del sujeto dentro de una filiación, todo esto *bajo el imperio del lenguaje y lo simbólico*. Imperio constituido por y en el campo del gran Otro, o sea, el *de las prácticas y del contexto de empleo de los significantes*. Las neurosis no se limitan a un defecto en el desarrollo neurobiológico y de las facultades cognitivas, o a aprendizajes infortunados. Todo lo anterior podría incluso leerse como más concomitante, implícitamente consecuente, que necesariamente desencadenante de las neurosis. Esto genera dos preguntas que buscaré dilucidar en este escrito: dentro del modelo animal de esta psicopatología biológico-conductual, ¿estamos hablando de las mismas cualidades y propiedades de eso que llamamos el “síntoma”? En otras palabras, ¿nos referimos a lo mismo en psicoanálisis que en esta psicopatología “animal” cuando designamos en calidad de síntoma a una serie de conductas? Y, por consiguiente, ya bajo forma casi de respuesta a la anterior pregunta, ¿cuál es el problema lógico-conceptual detrás de este planteamiento psicopatológico?

LA NEUROSIS OBSESIVA CONDUCTISTA Y BIOLÓGICA: LA CONDUCTA EN EL MODELO ANIMAL

Voy a apoyarme en el ejemplo de la neurosis obsesiva, que en la actualidad se conoce como trastorno obsesivo-compulsivo (toc). Ese cambio se debe, entre otros, al modelo animal como una de las principales fuentes epistémicas de esta mutación, no solo en su denominación, sino en el concepto mismo que surgió en el psicoanálisis y que se metamorfoseó en lo que hoy conocemos como TOC; guardando algunas semejanzas fenoménicas entre ambos paradigmas⁷. El toc es actualmente descrito por psicólogos y psiquiatras como el caso en donde una persona es víctima de pensamientos repetitivos e intrusivos (obsesiones) o de gestos ritualizados (compulsiones) que repite sin ninguna razón aparente —pueden parecer irracionales o conductas quasi-impuestas y que la persona no puede abandonar voluntariamente⁸—.

En el intento de alejarse de lo que proponía el psicoanálisis, los investigadores de la psicopatología conductual favorecieron otro tipo de metodología apoyado en otro bagaje epistemológico y que estaría en el origen de esta mutación de la neurosis obsesiva freudiana. Decidieron trasladar o reproducir en laboratorio mediante la experimentación con animales lo que serían conductas obsesivas y compulsivas



7. Pierre-Henri Castel, “De la névrose obsessionnelle aux toc: remarques sur le passage du paradigme psychanalytique au paradigme cognitivo-comportamentaliste”, en *Psychothérapie et société*, ed. por Françoise Champion (París: Armand Colin, 2008), 186-202.

8. Freud propone una descripción mucho más completa en: Sigmund Freud, “Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte II)” (1916-17), en *Obras completas*, vol. xvi (Buenos Aires: Amorrortu), 236-237.

(“neurosis experimentales”), y más precisamente lo que sería la etiopatogenia del TOC. Este trastorno es algo que se puede ver, según el conductismo, también en animales, reproducible en laboratorio y objetivable. Se trataría de una conducta desadaptativa aprendida o condicionada. Es decir, que responde a la ley básica del condicionamiento clásico y del operante. Las neurosis humanas pueden ser puestas en paralelo con las neurosis experimentales, en tres puntos principales: la adquisición por aprendizaje, la generalización del estímulo primario y la eliminación por desacondicionamiento⁹.

Uno de los principales experimentos animales data de la década de 1960, es retomado por R. Metzner¹⁰ pero realizado por Fonberg, y consistía en una primera fase en donde se entrenaba a un grupo de perros para que realizaran una reacción instrumental de evitación (levantar la pata) utilizando la comida como refuerzo. Fonberg enseñó a los perros a que ejecutaran una reacción específica ante un estímulo condicionado (el estímulo era un electrochoque para unos perros, o un fuerte soplo en un oído para otros). Si el perro levantaba la pata delantera (reacción de evitación) ante la vista de la fuente del estímulo, no recibía la descarga eléctrica o el soplo, y enseguida se le administraba comida (recompensa).

En la segunda fase del experimento se sometía al perro a una situación conflictiva donde se le presentaba comida asociada a un estímulo condicionado (un ruido cualquiera), lo que lo convertía en un estímulo excitador generando producción de saliva, así como otras respuestas fisiológicas. Poco a poco, al estímulo condicionado no se le asociaba más la presencia de comida, simplemente el ruido sonaba, pero no había comida. Esto llevaba al estímulo a una fase de extinción de las respuestas fisiológicas, pero conllevando a eventos conflictivos y de estrés de tipo “neurótico” para el perro (según la neurosis experimental de Pavlov). O sea, la respuesta de evitación de alzar la pata aparecía sin más en esta fase del experimento. Al perro no se le amenazaba de electrochoque ni soplo de aire, empero producía esta respuesta de evitación. De igual modo, los perros que habían recibido los soplos de aire en el oído presentaban movimientos de sacudida (*shaking-off*) durante esta segunda fase. Esto quería decir, según los investigadores, que cuando el animal era puesto en una situación de estrés o ansiedad no encontraba la reacción adecuada para la situación, sino que retomaba conductas que ya hacían parte de su repertorio de reacciones de evitación a situaciones de estrés. Las conductas de evitación se aprenderían y se “fijarían” ante una situación “traumática”, utilizándose ante cualquier situación desbordante así no fuese la reacción más acorde a esa situación. Para los investigadores, esto tendría todos los rasgos y características de las obsesiones-compulsiones. Los rituales compulsivos serían como reacciones de evitación aprendidas que se repiten ante posibles estímulos ansiógenos.

9. Joseph Wolpe, *Práctica de la terapia de la conducta* (Ciudad de México: Trillas, 1988).

10. Ralph Metzner, “Some experimental analogues of obsession”, *Behaviour Research and Therapy* 1 (1963): 231-236.

A pesar de la importancia que tuvo este tipo de abordaje eminentemente conductual y basado en las teorías del aprendizaje, perdió fuerza al interior de la psiquiatría biológica, que ya no se sirve de la idea de un aprendizaje de conductas improductivas y de evitación. Desde hace más de treinta años la investigación pasó a otro plano. Ahora es una cuestión de neurotransmisores y de neurofisiología hacia donde se ha dirigido el interés investigativo, el modelo conductista ya rebasado por esta psiquiatría. Se induce a ratas conductas que se asemejarían a verificaciones compulsivas mediante alguna sustancia neuroestimulante.

Por ejemplo, se les administró clorhidrato de quinpirole, un agonista de la dopamina, a un grupo de ratas puestas en una mesa de vidrio con barreras para que no se escapasen¹¹. Se colocaron en la mesa ciertos objetos diversos para que interactuaran con ellos; fueron grabados en video todos sus movimientos y contabilizados de diversas maneras por computador. Se observó que el grupo de ratas con la sustancia tenía más tendencia y mayor frecuencia en regresar a lugares sobre la mesa o a objetos que solían frecuentar (lugares y objetos preferidos), y menor frecuencia en visitar otros sitios u objetos de la mesa, con respecto al grupo control. Además, las ratas con quinpirole llevaban a cabo conductas menos diversificadas sobre esos objetos o lugares preferidos que en el resto, es decir, en apariencia, conductas "ritualizadas". Producían siempre los mismos tipos de movimientos con esos objetos o lugares preferidos; fuera de eso, girarían con mayor frecuencia en la misma dirección a su llegada y partida del objeto o lugar clave. La y-BOCS (escala oficial para medir y diagnosticar el TOC en humanos) señala que las principales características de la compulsión en humanos son una mayor hesitación en abandonar el objeto de verificación, mayor frecuencia de actividad/verificación y mayor desinterés por otros objetos o sucesos del entorno del individuo entre los tiempos de verificación. Como las ratas bajo quinpirole parecen cumplir estos tres criterios, entonces se puede hablar de ratas obsesivo-compulsivas, según los investigadores del estudio. Además, todo parecería indicar que los sistemas dopaminérgicos del sistema nervioso estarían implicados en el TOC.

Todo lo anterior es bastante sugestivo, y daría la impresión de que lo que se hace en el laboratorio con el animal es idéntico a lo que le sucede al obsesivo-compulsivo humano. Al menos en cuanto a la compulsión, los investigadores suponen una validez de apariencia (*face validity*) para todo su dispositivo; esto es, partir del principio de que existe una semejanza de los fenómenos entre la conducta exhibida por el modelo animal y los síntomas específicos del trastorno en el humano. Pero es claro que el vaciamiento semántico y experiencial de la compulsión es patente en esta psicopatología y que esa validez se torna problemática. Son las conductas aprendidas y las reacciones determinadas por sustancias neuroquímicas lo que entra en esta esfera

11. Henry Szechtman, William Sullis, David Eilam. "Quinpirole induces compulsive checking behavior in rats: A potential animal model of Obsessive-compulsive disorder (OCD)". *Behavioral Neuroscience* 112 (1998): 1475-1485.

12. Jacques Derrida, *El animal que luego estoy si(gui)endo* (Madrid: Editorial Trotta, 2008).

13. Donald Davidson habla de una acción como un hacer que se caracteriza por razones del tipo “proactitudes” hacia su realización de ese hacer y por una actitud proposicional (del tipo creencia, suposición, pensamiento, recuerdo, saber, etc.) de que si se realiza dicho hacer se alcanzará la meta de la proactitud. Las proactitudes pueden ser el deseo, esencialmente, aunque también se pueden incluir anhelos, añoranzas, incitaciones, puntos de vista morales, principios estéticos, convenciones sociales, metas públicas y privadas, valores, etc., todo lo que pueda ser considerado como una actitud en pro de la realización de una acción. Ver: Donald Davidson, *Essays on Actions and Events* (Oxford: Oxford University Press, 2013), y Diego Londoño, “Triangulación psicoterapéutica: Una alternativa al diagnóstico y tratamiento del Trastorno por déficit de atención/ hiperactividad (TDAH)” (Tesis de magíster, Universidad Nacional de Colombia, 2021).

14. Charles Taylor, *The explanation of behaviour* (Londres: Routledge, 1964).

15. Kenneth P. Hillner, *Psychology's Compositional Problem. Advances in Psychology 41, Series* (Amsterdam: Elsevier Science Publishing Co. Inc., 1987).

16. Y esto es dejando a un lado la idea de Lacan de la introducción del animal al significante por intermedio del experimentador en el famoso experimento de Pavlov, y que menciona brevemente en el Seminario 11.

como artificio clave, pero no delimitable e indeterminado. A partir de la distinción entre conducta (reacción) y acción (respuesta), podemos empezar a ver un primer aspecto distintivo, a pesar de que autores como Derrida hayan declarado que esta distinción entre reacción instintiva o condicionada y acción humana (respuesta) no sea tan fácil de realizar como muchos suponen¹².

Sin entrar en ese debate, se puede señalar que los partidarios del modelo animal se fundamentan en la idea de que *una conducta de base no puede en ningún caso ser explicada en términos de una acción*. Esto quiere decir, que no aceptan como explicación lo que implícitamente está presente en las acciones ordinarias humanas: las proactitudes y las actitudes proposicionales¹³; en pocas palabras, el deseo y la creencia, respectivamente. Para ellos, las creencias, el deseo y el propósito no explican la conducta, lo que la explica es la conexión entre los “receptores del estímulo” (externo o interno) y el “movimiento bruto” (*colourless movement*)¹⁴, y finalmente que el movimiento esté sujeto a las posibilidades naturales de base del organismo. El concepto de conducta, muy inspirado en el conductismo metodológico, parece ser algo que no tiene por qué contemplar siquiera un atisbo de intencionalidad o mínimo la existencia de un sujeto cognoscente o de un sujeto del deseo. La conducta figura como un fenómeno biológico o cambio de estado biológico, donde se debe integrar una interacción entre organismo y su entorno externo. Es la interacción entre el medio y el organismo lo que da como resultado la conducta. *Por ello, la conducta no implica una intencionalidad, no se concibe como acción; de allí el interés de estudiarla en animales*. Que no tenga intencionalidad implica que es un hacer o un despliegue que no tiene por qué ser acerca de algo, no tiene un objeto. Su composición sería material porque es el resultado de la activación de algún sistema efector o el movimiento físico de algún miembro, o del cuerpo en su totalidad, a través de un espacio físico. Entonces, la conducta puede ser vista en términos fisiológicos y medida en términos físicos¹⁵. El investigador que observa movimientos y comportamientos como *conducta* no le interesa el aspecto intencional ni semántico de los despliegues, verbigracia, no le interesa concebirlos como acciones.

Como se ve, lo que parece interesar es entonces la cantidad de movimientos como pura reacción ante un estímulo aprendido o inducido por neuroquímicos. Si no se tiene en cuenta el inconsciente ni el significante¹⁶ dentro de este modelo, tampoco si quiera la conciencia de que somos conscientes (reflexividad) de un movimiento o de un hacer que se ejecuta, y muchos menos la experiencia subjetiva del movimiento. El TOC entonces figura para el conductismo como una *fijación* en una respuesta de evitación reforzada negativamente (alivio o reducción de la ansiedad).

En el caso de la psiquiatría biológica, no se requiere de aplicación de aprendizaje alguno, la conducta es pura reacción a una alteración neurofisiológica en donde la fijación estereotipada sobre un objeto no es clara que sea reacción a ansiedad o estrés alguno, sino una respuesta cuasimecánica a una estimulación inducida e interna a la fisiología del organismo donde la intención de la rata en torno a su conducta es totalmente desconocida.

LAS OBSESIONES Y COMPULSIONES EN CALIDAD DE ACCIONES: EL APORTE DEL PSICOANÁLISIS

En el apartado *Sobre la teoría*, agregado en 1924 al caso del *Hombre de las ratas* (publicado inicialmente en 1909), Freud describe a la compulsión como un “ensayo de compensar la duda”, bajo la forma de una acción sustitutiva en la medida en que es la reactualización de una moción pulsional del pasado. La acción compulsiva hacia una tarea “ínfima” es el desplazamiento de una conminación obsesiva expresada en forma verbal. Ya sea constreñimiento para realizar o inhibir una acción. Y aquí se habla de acción, no de conducta o reacción. Freud hace hincapié en el hecho de que la búsqueda de sentido, en el juego regresivo con sus pacientes, demuestra la riqueza verbal y significante de las compulsiones. Antes del acto final de la compulsión, cuya finalidad simbólica y significante se diluye y se pierde por desplazamiento, ocurre una regresión del actuar al pensar. El origen, río arriba, de esta acción son “acciones sexuales infantiles del tipo del onanismo”¹⁷. La obsesión mental es una compulsión inhibida, asfixiada, que no pudo ser y donde está disuelto el juego de afectos y deseos entremezclados; principalmente, la culpa, la vergüenza, el placer y la insistencia de pulsiones sexuales. Si hay fijación para el psicoanálisis no es sobre una conducta de evitación aprendida, sino sobre un “fragmento determinado del pasado” del sujeto, en donde este evento no toma en cuenta ni el presente ni el futuro; evento vivido como traumático, *i.e.*, una experiencia de goce de difícil tramitación¹⁸. No se trata de aprendizaje alguno, sino de una experiencia que gana su *significación* a partir de la vivencia en el cuerpo y que puede variar de un caso al otro. El sujeto no aprende, *significa*.

En el ensayo *Acciones obsesivas y prácticas religiosas*, Freud hace todavía más notorio este aspecto intencional y proposicional de las compulsiones. Las acciones obsesivas no están carentes de sentido, “están al servicio de sustantivos intereses de la personalidad y expresan sus vivencias duraderas y sus pensamientos investidos de afecto. Y lo hacen de dos maneras: como figuraciones directas o simbólicas: según eso, se las ha de interpretar histórica o simbólicamente”¹⁹. Esto nos da un espacio para ver que la idea de acción obsesiva, al menos en Freud, implica una intencionalidad y cuenta



17. Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909), en *Obras completas*, vol. x. (Buenos Aires: Amorrortu, 2012), 190.

18. Freud, “Conferencias de introducción...” (1915-17), 250-252.

19. Sigmund Freud, “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (1907), en *Obras completas*, vol. ix. (Buenos Aires: Amorrortu, 2012), 103.

como acción; por ende, la compulsión tiene un propósito y es acerca de algo (simbólico o histórico), aunque ambos sean en principio no sabidos. El inconsciente figura como elemento clave en el síntoma de la neurosis obsesiva. Mediante una cadena asociativa se llegan a conocer las razones ligadas a otras experiencias, también de goce, que están en el origen de un síntoma neurótico. Aunque la finalidad de la acción obsesiva se pueda perder, el análisis ayuda a reencontrarla o a resignificarla retroactivamente. El trabajo en análisis permite descubrir e inferir aquello mediante la puesta en marcha del significante y el juego de proposiciones donde se despliegan las creencias, actitudes, recuerdos y saberes del sujeto junto con el deseo (las proactitudes) y sus aporías.

Si algo nos muestra Freud es cómo las compulsiones y obsesiones de muchos de esos pacientes —caso del hombre de las ratas— sacan a la luz voluntades y contravoluntades, en este caso desear algo y al mismo tiempo su negación. El neurótico parece decir: *“Lo que yo más deseo es sobre todo lo que no quiero”*. La omnipotencia del pensamiento, la anulación retroactiva, las fantasías obsesivas, la inhibición de la acción, guardan todas ellas la estela de esta contravoluntad. Esto no simplemente sitúa a las acciones obsesivas en calidad de acciones, como las describe D. Davidson, sino que muestra que las proactitudes para una acción gozan de todo tipo de paradojas y contradicciones. El deseo en Freud figura detrás de muchas acciones como en el alegato del prestatario del caldero averiado del que habla al final de la explicación del sueño de la inyección de Irma: el prestatario le replica al prestamista que se lo devolvió intacto, además que ya estaba agujereado cuando se lo prestó, y que finalmente él nunca le había pedido prestado caldero alguno²⁰. El conjunto de los tres alegatos da un retrato global de la contradicción que se observa en el deseo, es solo la individualización de cada alegato la que favorece su comprensión lógica como deseo proposicional.

Entonces, como busco recalcar, la descripción y el abordaje freudiano del síntoma obsesivo-compulsivo implica toda una profundidad proposicional y semántica de las acciones, por más de que estas hayan perdido para quien las produce su finalidad, que ya no sepa por qué las produce. Se debe hacer hincapié en el hecho de que Freud interpreta a un usuario del lenguaje, apunta a una verdad sobre el goce del síntoma, pero que mantiene en el horizonte esa tercera instancia que mediatiza las relaciones del significante y sus usos: el gran Otro. Esto quiere decir que la interpretación implica una intersubjetividad transferencial mínima donde el lenguaje esté involucrado.

20. Sigmund Freud. “La interpretación de los sueños (primera parte)” (1900), en *Obras completas*, vol. iv. (Buenos Aires: Amorrortu, 2012), 140.

¿QUÉ SE LE HACE DECIR AL ANIMAL-HUMANO?

Habiendo ya trazado esta breve descripción teórica de las compulsiones o acciones obsesivas desde el psicoanálisis, se le puede entonces empezar a distinguir con relación

a lo que proponen los modelos animales del conductismo y la psiquiatría biológica. Porque las obsesiones-compulsiones en el caso del modelo animal aparecen totalmente desnudas de todo ese revestimiento lingüístico y significante, ya que es incómodo, problemático, inoperacionalizable. Pero el precio a pagar por ello es bastante alto, ya que ahora no se sabe de qué hablamos cuando nos referimos a una obsesión o a una compulsión, pues lo que el paciente dice deja de ser relevante.

Para la psicopatología biológico-conductual lo que cuenta es el aura kinestésica, cuantitativa, a-subjetiva y a-semántica de la conducta, entonces, ¿qué es lo que se está describiendo? ¿Se describe a un animal en apuros atribuyéndole más de lo que el animal en efecto está experimentando? ¿Se le hace decir al animal más de lo que en realidad expresa? Porque el perro de Fonberg puede estar experimentando algo muy diferente de lo que se proyecta en él cuando alza la pata. El perro siente placer, tensión, en todo caso deja entrever un cierto malestar. Pero ¿alzar la pata para evitar ser electrocutado es lo mismo que alzar la pata cuando no hay más comida? ¿El perro busca evitar el hambre en la segunda fase levantando la pata o sencillamente es su manera de pedir al otro comida, ya que se le había reforzado esa conducta con alimento? ¿No sería una conducta reactiva que se sobreñade a la campana que suena y después a la ausencia de comida? ¿Y si el perro solo está señalando su descontento o su confusión con este gesto, ya que no hay comida? Nada indica que sea una “compulsión” en el sentido estricto psicopatológico o en el que la tradición psicoanalítica la describió, más allá del aspecto mecánico del gesto.

Con la rata bajo quinpirole es todavía más aleatorio, ya que un agonista de la dopamina supone una sobreproducción de dicho neurotransmisor, al cual se le atribuyen todo tipo de eventos en el organismo. Van desde las funciones motoras y atencionales, pasando por las respuestas emocionales positivas (sensación de bienestar, placer, etc.) hasta la socialización. Y todavía son desconocidas otras funciones de la dopamina en la economía global del organismo. Por ende, una rata sobrestimulada en dopamina puede reaccionar de manera específica en torno a lo que los investigadores llaman sus objetos o lugares preferidos por motivos que no son claros; incluso podría ser por el placer que le genera volver a su lugar preferido, o por la excitación que produce en ella esa interacción, y no por compulsión ansiosa o el sentimiento de estar constreñida. Las lecturas de estas conductas se pueden diversificar y no permiten decretar conclusiones definitivas.

Todo lo anterior, a su vez, remite al problema de la interpretación de la conducta y de las acciones²¹. Ya que interpretar requiere como mínimo a dos usuarios del lenguaje, uno que juegue el papel del interprete y el otro del interpretado. Asimismo, interpretar,

21. Davidson, *Essays on actions and events* (2013); Taylor, *The explanation of behaviour*. (1964); Hillner, *Psychology's Compositional Problem. Advances in Psychology 41, Series*, (1987).

además de la perspectiva en segunda persona, sugiere que el deseo del interpretador esté implicado en la significación que libra. Este deseo, aunque elidido, conserva sus efectos sobre la interpretación. Por ello, ¿no fungiría aquí el deseo del experimentador como base proyectiva de sus interpretaciones sobre las conductas del animal?

Dos preguntas clave y a las que nadie, ni siquiera el investigador con su avanzado dispositivo, parece poder responder son: ¿qué pasa por la mente del perro o la rata cuando se mueve de determinada manera (alzando la pata o interactuando con un objeto)? ¿Cómo experimenta aquello? Precisamente, el perro o la rata no se puede preguntar por qué hace lo que hace. Y si es consciente de ello no podría *formular una declaración proposicional* de “alzo la pata cuando no hay comida por tal y tal...” o “interactúo con este objeto porque tal y tal”. La rata no consigue declarar que cuando ve el objeto preferido no puede impedirse interactuar con él por ciertas razones, como tampoco puede dar una variedad de descripciones de qué es interactuar con un objeto o qué es sentirse constreñida a interactuar con ese objeto. “Ya que de un animal no podríamos nunca decir que era consciente de la misma cosa (esto es, lo que para él es la misma cosa) bajo dos descripciones diferentes, ya sea en el mismo o en diferentes momentos. Por ende, el perro que escapa del objeto rojo no puede decir que es consciente de este como un objeto rojo”²².

Algo similar indica Lacan cuando sugiere que las neurosis experimentales de Pavlov no son efectos de neurosis por la simple razón de que no son analizables por medio de la palabra. “El principal interés de esas experiencias es enseñarnos el abanico diferencial en el animal al nivel de una percepción que no tiene nada de representación, forzosamente, ya que aquí no hay otro sujeto más que el sujeto del experimentador. En verdad, nosotros interrogamos al animal basados sobre nuestra propia percepción”²³. Entonces, es el investigador quien introduce al Otro, pero que no parece devolverle una verdad que le sea propia al emisor, verdad sustentada en ese Otro. Por consiguiente, el perro o la rata no puede darnos una razón, ya que hacerlo significaría atribuir un significado y para ello tendría que estar inmerso en una red de significaciones preestablecidas. Esto es, en el campo del Otro simbólico, tesoro de significantes, pero también del contexto de uso y empleo de esos significantes.

Esto implica, saber hacer uso de conceptos y de proposiciones en contextos diversos, pero también que nos equivoquemos en el uso que hacemos de ellos y que expongamos contradicciones lógicas en ese uso, como en el caso paradigmático del deseo. El perro o la rata no exponen al otro contradicción alguna sobre sus conductas, o en todo caso no podemos saber ellos qué saben sobre ellas—si es que algo saben—, dejándonos más expuestos que nunca a la especulación y a la deriva interpretativa. De la experiencia en primera persona de la rata o el perro no podemos saber nada, haciendo

22. Taylor, *The Explanation of Behaviour* (1964), 68.

23. Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre xi. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* (París: Éditions du Seuil, 1973), 207.

todavía más difícil librarse una interpretación. De allí que Lacan, en *El atolondradicho*, indique que las señales entre miembros animales de una misma especie resulten en una comunicación sin fallas, certeza; a diferencia del lenguaje humano, en donde reina el equívoco. Ahora bien, de la interpretación de lo que se comunica entre miembros de diferentes especies las cosas son aún muy inciertas.

CONCLUSIÓN

De los animales creemos saber más de lo que en realidad terminamos por saber. Si el que está en posición de interpretado no es usuario del lenguaje y, además, no está en transferencia con el intérprete, ¿cómo establecer la verdad situada en el lugar del Otro, si no es claro cuál es ese Otro en común para ser interpretado e intérprete? Esto supone hablar de algo que solo se mencionó de pasada: la transferencia y las neurosis como descritas dentro de la transferencia analítica. Esto nos hace suponer que una dimensión transferencial es condición a toda posible forma de interpretación y de lectura sobre el malestar mental (en todo caso una interpretación que libra una verdad). Esto desaparece completamente de estos modelos animales, ya que no hay transferencia posible.

Las enseñanzas de Freud sobre el síntoma neurótico, a partir de innumerables casos clínicos, indican el movimiento por desplazamiento de una representación reprimida a otra, del orden del significante; de un primer evento, en calidad de impresión de goce, a otros significantes que guardan relaciones de contigüidad y semejanza con el primero. El carácter lingüístico de la descripción freudiana del síntoma neurótico es innegable. Nuevamente, este es un punto que desaparece por completo, y que, expresamente, no quiere y no puede ser tomado en cuenta dentro del modelo animal del trastorno mental. Finalmente, para esta psicopatología “animal”, el campo conativo del trastorno mental pasa a un segundo plano; sus contradicciones, paradojas y frustraciones tan características en él no parecen contar más que como elementos accesorios que el modelo animal pasa por alto y que sabe de antemano inoperacionalizable e inaplicable.

Para concluir, vale destacar la frase “el ser hablante es un animal enfermo”, pronunciada por Lacan en una conferencia de prensa en Roma en 1974. Enfermos por y a causa del lenguaje, si somos animales es en la medida en que estamos también capturados por lo Imaginario, pero de igual modo somos seres vivos dependientes del campo de la vida y el entorno natural, en donde el acceso a lo Real es a través del síntoma, “la manifestación de lo Real a nuestro nivel de seres vivos”²⁴. El síntoma deja entrever algo de lo Real para el *hablanteser*, nos confronta a él, pero podemos, en



24. Jacques Lacan, *Conférence de presse du docteur Jacques Lacan au Centre culturel français à Rome, le 29 octobre de 1974* (1974). Disponible en: <https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/29-10-74-Rome-1.pdf>

calidad de hablantes, dar testimonio de ese encuentro y lo que esto pueda querer decir en el orden del sentido más allá de lo Imaginario y de lo biológico.

BIBLIOGRAFÍA



- CASTEL, PIERRE-HENRI. "De la névrose obsessionnelle aux TOC : remarques sur le passage du paradigme psychanalytique au paradigme cognitivo-comportementaliste". En *Psychothérapie et société*, editado por Françoise Champion. París: Armand Colin, 2008, 186-202.
- CASTEL, PIERRE-HENRI. *L'esprit malade. Cerveaux, folies, individus*. París: Éditions Ithaque, 2009.
- DAVIDSON, DONALD. *Essays on Actions and Events*. Oxford: Oxford University Press, 2013.
- DERRIDA, JACQUES. *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Editorial Trotta, 2008.
- FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños (primera parte)" (1900). En *Obras completas*, vol. iv. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- FREUD, SIGMUND. "Acciones obsesivas y prácticas religiosas" (1907). En *Obras completas*, vol. ix. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- FREUD, SIGMUND. "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (1909). En *Obras completas*, vol. x. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- FREUD, SIGMUND. "Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte iii)" (1916-17). En *Obras completas*, vol. xvi. Buenos Aires: Amorrortu, 2013.
- HILLNER, KENNETH P. *Psychology's Compositional Problem. Advances in Psychology* 41, Series. Amsterdam: Elsevier Science Publishing Co. Inc., 1987.
- HOLLEMAN, GIJS A., HOOGE, IGNACE T.C., KEMNER, CHANTAL, HESSELS, ROY S. "The 'real-world approach' and its problems: A critique of the term ecological validity". *Frontiers in Psychology* 11 (2020): 721. 10.3389/fpsyg.2020.00721
- LACAN, JACQUES. *Le Séminaire, livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* (1964). París: Éditions du Seuil, 1973.
- LACAN, JACQUES. *Conférence de presse du docteur Jacques Lacan au Centre culturel français à Rome, le 29 octobre de 1974*, 1974. Disponible en: <https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/29-10-74-Rome-1.pdf>
- LONDONO, DIEGO. "Triangulación psicoterapéutica: Una alternativa al diagnóstico y tratamiento del Trastorno por déficit de atención/hiperactividad (TDAH)". Tesis de magíster, Universidad Nacional de Colombia, 2021.
- METZNER, RALPH. "Some experimental analogues of obsession". *Behaviour Research and Therapy* 1 (1963): 231-236.
- SZECHTMAN, HENRY, SULLIS, WILLIAM, EILAM, DAVID. "Quinpirole induces compulsive checking behavior in rats: A potential animal model of Obsessive-compulsive disorder (OCD)". *Behavioral Neuroscience* 112 (1998): 1475-1485.
- TAYLOR, CHARLES. *The Explanation of Behaviour*. Londres: Routledge, 1964.
- VYGOTSKI, LEV. *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica, 2000.
- WOLPE, JOSEPH. *Práctica de la terapia de la conducta*. Ciudad de México: Trillas, 1988.